

tanya



BUSIGNANI - CALVETTI - FIDALGO - GROPPA - PANTOJA



Taco original

POMPEYO AUDIVERT

2

...Cerca de la población de Sucuare, en la orilla izquierda del Bajo Vichad, se encuentra en un cerro una cueva que, según los Guahibo, contiene gran cantidad de huesos humanos. Esta cueva, llamada Xibi-Sibi, "huesos de gente", evitan los Guahibo, pues dicen que los muertos bailan y cantan allí en las noches de luna. El lugar Xibi-Sibi parece un sitio de entierros muy antiguo de una nación tal vez anterior a los Guahibo.

Cuevas parecidas han sido encontradas en varias ocasiones a lo largo del Orinoco.

Cita textual del Volumen I de la Revista del Instituto Etnológico Nacional del Ecuador, 1944.

Convenimos en dar a esta palabra el significado corriente con que se la usa aquí: marca que indica el día de trabajo cumplido; faena concluída y asentada en la libreta de jornales.

Estamos convencidos de la incalculable temática humana de nuestro Norte y de las posibilidades de sus gentes para el trabajo intelectual. Por ello es que iniciamos esta labor, manifestando la necesidad de que esas posibilidades abandonen el silencio y adquieran las formas concretas del testimonio.

Con ideales que nos vinculan al Hombre real y a su tierra siempre dura; procurando, con espíritu atento interpretarlos, expresarlos y cantarlos, presentamos en nuestra Antología, obras que vencieron a las edades. Labores semejantes a las anónimas manifestaciones de otros hombres: monumentos y cacharros con los que tuvo irremediablemente que pactar el tiempo.

De nuestra labor, desterramos el azar y la gratuidad. Propósitos claros y definidos nos estimulan. La vieja historia del hombre, podría inducirnos a querer intentar dudosos descubrimientos. No vacilamos en reservar esta disciplina a personas especializadas, las que desde ya, contarán con las páginas que les sean necesarias. Entre la historia y el presente, nos quedaremos con este último, donde está el vivo trazar del pueblo. Espaciadamente, tal vez cedamos a leves incursiones por la otra.

En nuestra tarja, nos sentiremos por demás recompensados si desde cualquier lugar del país, al solicitar la colaboración adecuada, ésta nos dice del carácter de otras faenas o nos acerca la cordial ayuda, con el gesto de los hombres que en parecida actividad, hacen un alto, para dar la mano a compañeros de empresa.

LOS SANTITOS

Quién lleva

esos
soles

por zonas
de mercurios
agitados

Quién lleva

esas
nubes

por cuadrantes
con vientos
desatados

Quién lleva

esos
vientos

por el túnel
de las cañas
apostadas

Quién lleva

esas
cañas

por donde anclaron
osamentas descampadas

Quién lleva

esos
ramos

de oscuras procesiones
marchitadas.

Culebras de polvo
murieron en las puertas
de los ranchos,

golpeándolas
anda el bombo

indicando a la lluvia los sembrados.

Es el santo monótono del cerro
que lo llevan
zarandeando
que lo llevan
de visita
que lo guían
amenizando.

¡Quién lo manda!

rezan bombos
y esos ruegos
no se cambian
por harina

¡Quién lo manda!

como araña
atrayéndose
las leguas

¡Quién lo manda!

con sus llagas
aguas rojas
con sus ojos
bajo cero
bajo soles
en sus arcos
medio punto

¡Quién lo guía!

al santito
imaginero

¡Quién!

Los santitos
angarillas
los santitos
trajinados
los santitos
este mundo
los santitos
con milagros

Los santitos
mucho pena
van y vienen
asombrados.

En las cuevas
de las leguas

horizontes

laten bombo
todo un día.

Ya
la fiesta
la clavaron
con candiles

Ya
la fiesta
los ahoga
en sus telas

Ya
la tela
los atrasa
varios años

Ya
los años
de miseria

florecidos

en el rostro

Eso es hombre
como grito

Eso es lástima

Los santitos
de madera
los santitos
forasteros
los santitos
demacrados

con el bombo indicando

a la lluvia
los sembrados.

El santito
imaginero

bajo una gota de luna cayendo
por los cerros.

Norte 1952

NESTOR GROPPA

como ANTES...

A Tata San Santiago

Deseaba desesperadamente que sus amigos lo trataran como antes, mas, cuando comenzaba a hablar, su tonada de porteño y su idioma distinto ponían distancia y el cuento o la broma moría en sus labios. Llegó un momento en que, para quebrar esa situación, provocó una pelea, pero se interpusieron muchos y no ocurrió nada.

“Es incomprensible”, decía, rebelándose con toda su alma. “¡Si se han criado conmigo!”, “hemos vivido juntos diez o quince años como hermanos o más que como hermanos...”; “era como si entre todos formáramos un solo ser; entre todos éramos la Infancia. La Infancia con distintos rostros, es cierto, algunos más oscuros, con los ojos más aindiados o el cabello más rebelde, pero con una sola alegría...”. “¿Es posible que esos mismos amigos me traten hoy de usted o antepongan el Don, a mi nombre?”... Acaso no usaba bombacha y botas encarrujadas, como ellos? Acaso no subió en esa yegua loradilla, “chúcara neta”, para demostrarles que era el mismo de toda la vida?

6 Aquella vez que quiso pelear y desafió a Valerio, especulaba secretamente en que, al reconciliarse encontraría esa antigua amistad que añoraba. Sin tanta educación, sin tanta urbanidad forzada. El iba en busca del cariño primario, torpe, elemental, pero sincero y generoso de su gente y no lo encontraba.

Esa tarde volvía del pueblo vecino cuando vio cuatro jinetes que iban en dirección contraria.

—¿Adónde van los amigos? —gritó desde lejos.

—Vamos a Piscuno Don César —respondió uno de ellos. Era Martín Carrazana—. Mañana es San Santiago y estamos llevando unas velitas a la Imagen que doña Damiana tiene en el Puesto...

Se le había pasado desapercibida la fecha. Ahí mismo lo decidió.

—Caramba..., yo también voy a cumplir... yo también voy a pedir a San Santiago ayuda y protección para mis animalitos...

Tenía caballo de sobra, lo sabía. Aunque ya había hecho más de quince kilómetros, volvió con ellos y subieron el cerro. Llegaron junto con la noche. De paso por Tilcara había comprado cuatro candeleros de barro que, al llegar, entregó a la dueña de casa. Después se fué a rezar ante la Imagen. La gente saludaba al entrar y luego de haber ofrecido sus oraciones se levantaba y mirando a todos, volvía a saludar.

Ahí estaba Tata San Santiago con su poncho colorado, en su caballito blanco, galopando interminablemente. Allí estaban las velas temblando, como su fe; y, alrededor, la fe segura, viva, de los criollos. Afuera tiraban cuartos. Dos cornetas enormes soltaban desde el techo su canto que caía como una ampalagua arrastrándose entre las piedras. Era monótono; con un ritmo breve. De oírlo así, reiterado horas y horas, se le ocurrió que era un ritmo fundamental, sobre el cual se podía construir una Iglesia, y que, en esos momentos, sostenía la fiesta... “Podrían ser imágenes de eternidad”, pensó. No me extrañaría nada si me dijeran que estos hombres seguirán tocando así para siempre y que ya vienen, desde todo el pasado repitiendo lo

mismo, devotos, serios, incesantes...

Muy tarde pasaron a otra pieceta. Allí comieron tamales y tijtinchas y se pusieron a conversar mientras doña Damiana, con seriedad ritual, convidaba jarras de chicha. Después empezó el mate con alcohol, porque hacía mucho frío. ¿Cuántos mates habría tomado...? Se encontró cantando, abrazado a sus amigos. Nunca se sabe de dónde, pero siempre aparece la Caja. Cantaban con tonada vallista, aguda, muy estirada, agachados en el ranchito petizo, iluminados desde abajo por el fuego celeste, color relámpago, de la yareta.

El frasco de alcohol circulaba con regularidad. Allí, si algo cobraba vida, empezaba a repetirse. El paso hacia un costado de la rueda de cantores, el golpe isócrono en la Caja, los versos de las coplas y la tonada, que se levantaba igual en todas las gargantas y que se moría entregando la última sílaba con esfuerzo de changador, jadeada, enronquecida, a la borrachera que les desnudaba el alma. Se hundieron en la noche. Al despertar, se dió cuenta de que había estado durmiendo apoyado en la pared. Sus amigos seguían cantando. Quiso llegar hasta la rueda, pero no pudo. No entendía las coplas que cantaban, para repetirlas. Quería cantar él también y cuando empezaba a entonar, se le venía toda la macha encima y se dormía. Estaba borracho. Todos estaban borrachos. Cada uno cantaba para sí. ¿Serían coplas distintas?, ¿repetirían la misma, como él? ¿Eran felices? ¿Estaban tristes? Nadie sabría decirlo. Cantaban, nada más. Estaban borrachos y cantaban. Obedecían a una fatalidad. Eso tenía que suceder sin que pensarán si era para alegría o

para tristeza de alguien. Los llevaba el destino; eso era todo.

Ahí estaba Benito. Con él solía robar los caballos de su casa para hacerlos nadar en el río. Ahí estaba Martín. Con él salió a hondear palomas por las quintas de la Banda. Ahí estaba el Gordo Gerardo, con quien había jugado tanto a las bolillas. ¿Cuántos años tendrían entonces, ocho, diez? ¡Vaya uno a saber! Si tuviera los ojos de Dios, le bastaría mirar hacia atrás y volvería a ver esas escenas. ¡Qué se habrían hecho el bayito "clina" negra, el tordillo de Huguito, el oscuro de Pedro...!

...El Gordo Gerardo. Una vez habían discutido mucho. Al fin, el gordo dijo: "Yo te mido", mirá, entre tu bolilla y la del Negro, pasa este palito, pero por la mía sólo pasa la luz. Te gano por la luz. Yo te gano... ¡qué hermoso! Le habían ganado por "la luz". Se quedó pensando. Era toda su infancia, esa luz.

Nadie veía su sonrisa. Su felicidad. Con lentitud, poco a poco, se fué cayendo como una barranca que se desmorona. Estaba abrazado a esa "luz", pero lo tapaba la noche, el fuego muerto de la yareta, el humo, que nunca quiere salir de los ranchos, el poncho que alguien le había tirado. Sólo sombras le caían encima. Como montones de pasto cuando empiezan a parar las parvas, como cuervos sobre un cadáver, como deben caer las noches, desbarrancadas, amontonándose en el pasado.

Decían que él era un borracho... ¡Que lo dijeran mil veces! Acaso alguno de sus críticos podía darle la felicidad que estaba viviendo? Era feliz, feliz como antes, junto a sus amigos...

Se durmió poblado de recuer-

dos, poderoso de tiempo. "Quedó hecho carne" dijo uno de los paisanos. Y esta vez era cierto, porque su alma se había ido silbando

por esas tierras de la niñez, como hacia el fondo de una flor infinita.

JORGE CALVETTI

* Fragmento de obra en preparación.

MEDARDO PANTOJA

Diez óleos expuso Pantoja en el hall del Consejo General de Educación, fechados desde 1944 a 1954. Todos expresan tipos y motivos jujeños, compuestos con entrañable probidad y paciente madurez: nada hay en ellos de pintoresco ni literario. En los cuadros de este pintor nuestra tierra y nuestras gentes recobran su verdadera fisonomía, vuelven a su recatada forma y color, en lenta vibración que más proviene de lo que queda deliberada o ciegamente recóndito, de lo que quema o espera bajo un engañoso rescoldo. En el pincel de Pantoja la luz misma se contiene, amortigua su aparente llamarada y descansa en sus armonías más tenues. Tierra y hombres son llevados así a un plano protagónico —que ni la luz ni el color estorban— y cobran su máximo valor expresivo, su mayor peso humano. En esta muestra de cuadros la naturaleza y las figuras están como atadas a una presencia de tierra descarnada y maternal. Sombras gredosas, tintes quemados, tonos cenicientos y un leve parpadeo de color bastan y sobran para modelar y dar vida a planos y figuras. Los paisajes casi no tienen cielo porque la tierra lo suplanta con su empinada, con su grave importancia. En los óleos más recientes se advierte una preocupación escultural, sobre todo en los paños, que se mueven vigorosamente; el color se vuelve cada vez más rico, aunque siempre dentro del predominio de sombras terrosas. En las figuras la vida se concentra en los ojos, que no franquean sin embargo su secreto. En suma: hemos visto diez hermosos años de evolución de un pintor jujeño que toca ya su cabal y espléndida madurez.

EDUCAR

Soy un modesto profesor de Psicología y Pedagogía en una escuela a la que concurren anualmente cientos de muchachas y muchachos a cursar sus estudios, a conseguir un diploma y capacitarse para vivir. Esto se dice. Yo por mi parte siempre me encuentro con el mismo problema, un problema muy serio; éste: qué contestar a mis alumnos cuando me preguntan. Claro que debo especificar a qué preguntas me refiero. No es a aquellas que tienen relación con el texto de estudios, ni vinculadas a un problema escolar sino a las otras preguntas, esas que elimino diariamente cuando entro con pose seria y circunspecto dispuesto a cumplir al pie de la letra con el programa y con mi alta misión de docente. Esas otras preguntas son aquellas que el alumno calla siempre porque cree que a nadie le interesa saber lo que a él le inquieta. Y así pasa el tiempo hasta que algún día cansado de oír hablar y de hablar yo —más o menos en el mes de octubre o noviembre— corto la clase unos minutos antes de la hora y casi sin darme cuenta debo poner cara distinta de la que llevo a diario. Es entonces cuando año tras año escucho siempre lo mismo... la voz de algún alumno, del más audaz o de la mejor, pero casi siempre nada más que una voz tímida como para que pase anónima que dice: ...señor! ...señor! ¿por qué no nos habla? Yo sigo mirando mi libreta o el reloj pensando que la hora se estira demasiado, pero la voz se repite en otra dirección del aula. Ya no puedo dejar de contestar pese a que no sé quién me pide que hable. Yo sé muy bien lo que quieren, pero es entonces cuando se aviva en mí la vanidad de profesor y digo: pero... no les he estado hablando todo el año?... Como yo no me he enojado la voz se ha convertido en coro: ¡No señor! Mi asombro se pone de manifiesto y es entonces cuando mis alumnos rectifican: queremos que nos hable de otra cosa. Con falsa voz de valiente me atrevo a decir: ¿Y de qué quieren ustedes que les hable? ¿De filosofía, de literatura?, de arte? El coro se repite: ¡No señor! Queremos que nos hable de nosotros... o de usted... o de la vida. Sonríe y finjo aún no entender lo que quieren; sé muy bien que quieren preguntar aquello mismo que yo deseaba oír cuando estaba en el último año de la escuela

secundaria, pensando que mis profesores podían orientarme en algo.

Para darme tiempo y pensar empiezo a decirles que concreten el tema, que expresen claramente lo que deseen... ¡No es posible! Surgen mil murmullos; una que dice: y... que nos diga cómo vivir; otra: yo no sé lo que quiero; otro: yo no me conozco; otra: a mí no me gusta nada... La de más allá: señor, yo odio la pedagogía... a mí no me gusta la psicología porque es teórica y no nos enseña ni siquiera a conocernos a nosotras. Hay alguna que dice: la vida es aburrida señor; ¿usted se divierte?, y siguen cinco, diez minutos si se las deja, preguntando siempre. Entonces, acosado, bloqueado, me veo en el trance de salvar mi dignidad por audacia de haberles dicho que me dieran el tema para que les hable. Pienso: les enseño las altas ciencias y para ellas no les sirven, las dejan insatisfechas; viven descontentas, inciertas, o incrédulos y excépticos. Quieren normas seguras, una luz que les ilumine el camino, una solución clara y precisa para cada uno, e inmediata.

¡Grande es el problema de enseñar a vivir!

Ayer encontré por casualidad en el cuaderno de una alumna un apunte tomado en una de esas clases. Comencé a leerlo; me reí un poco. Yo empezaba muy pomposamente así: "Bueno, voy a decirles algo, veremos qué me sale. Ustedes quieren saber de la vida; yo no puedo decirles qué es la vida, pues ella es como la muerte, incógnita; puedo en cambio decirles algo de cómo ella es o cómo debemos verla o vivirla, todo esto de acuerdo con lo que yo pienso y sujeto por lo tanto a discusión.

Hago una pausa, lo recuerdo muy bien, y se reanima el coro: siga... siga señor. Suena el timbre y pienso que me he salvado y digo: seguimos la próxima. Una alumna corre a la puerta y las demás me anuncian: no señor, tenemos hora libre, siga... siga, y tengo que quedarme a decir cosas que yo no sé muy bien.

Resignado empiezo mi perorata. "Cuando nacemos es en una época determinada, en una Nación determinada, en una familia con padres y hermanos y en un clima determinado también, que nosotros no elegimos, sino que es el destino el que ha hecho posible tal cosa de manera que nuestra vida esté sujeta a cierta fatalidad. Después de

nuestra niñez recién empezamos a preguntarnos: ¿Qué somos?... ¿Qué haremos?... ¿Cómo viviremos?, y a inquietarnos por estos problemas que ahora los domina por entero, a ustedes. Nos damos cuenta en determinada edad que la vida es muy complicada y que nosotros somos enormemente complejos. Pero dentro de esa complejidad que somos, podemos separar en todos nosotros dos elementos que nos son comunes. Un elemento propio exclusivo de cada uno, aquello que nos hace ser, aquello que es lo íntimamente nuestro, lo individual, en una palabra mejor: "la esencia". La esencia, matiz riquísimo que nos permite, a pesar de haber nacido en una época, de los mismos padres, de haber recibido la misma educación, de haber vivido los mismos acontecimientos, ser sin embargo distintos, únicos, no solamente en nuestra colectividad sino en la totalidad de lo creado. La vida de cada ser, vista ella como una esencia, es un milagro, ya que jamás volverá a repetirse eso que somos cada uno de nosotros, como no volverá a repetirse este instante que estamos viviendo. Podemos decir que jamás, esto que yo soy y esto que vivo, volverá a ser. Pensemos también que lo que nos toca vivir y sentir es exclusivo de cada uno como acontecimiento psicológico. La vida vista así, es maravillosa, cada minuto de ella es un minuto más y uno menos, es cierto, pero de nuestra vida. Aparte de este elemento esencial encontramos otro o sea todo aquello que recibimos desde afuera en forma de cultura o sea el "ente". Nos encontramos al crecer con un idioma que debemos aprender, con una historia, con una ciencia, con determinadas ideas y creencias, con una religión, con un arte, todo un mundo que pesa sobre nosotros y sobre el que nosotros debemos volcar nuestra vida. Una serie de creaciones humanas a las que no podemos escapar y allí está nuestra esencia, íntima, pequeña, maravillosa, enfrentada a este "ente" colosal, todopoderoso e indiferente. Y empezamos a vivir; para poder hacerlo, vamos apoderándonos poco a poco de los elementos que nos da ese "ente", que se nos tiende como medio en el idioma, en las ciencias, en la técnica, y que nos permitirá ir poniendo poco a poco de manifiesto la esencia que somos. Y bien, aquí entran a desempeñar su más alta función como educadores los padres y los maestros.

¿Cuál es el papel de esos agentes edu-

cadores? Primero, ver qué elementos de esa esencia que cada uno es, son positivos, válidos, buenos y factibles de desarrollar, y luego facilitar a ese individuo los medios culturales que necesite para que su esencia se realice. Que recorte del "ente" total aquellos elementos que le permitan expresar su "esencia", su ser. Sólo así se forma al hombre auténtico el hombre feliz, es decir, aquél que siente que al vivir va realizando eso íntimo que él es. De allí que nada resulte más nefasto para una persona que adscribirla a una falsa vida; esas madres o maestras que imponen a sus hijos o alumnos que deben ser esto o lo otro sin primero tratar de saber cuáles son las verdaderas resonancias que animan la vida de ese ser. Así surgen los seres inauténticos, los que viven únicamente del "ente", de aquello que aprendieron pero sin que su esencia se manifieste.

Hacen todo sin que lleve el eco de lo íntimo; entonces se sienten desconformes, son los hombres que viven protestando con su trabajo, con la vida; es aquél otro que no está conforme con su profesión, que sueña con ser otra cosa. El hombre inauténtico tiene dentro de sí presa a su esencia, carece su vida de realización y su verdadero ser muere o se anquilosa porque está privado del don de la libertad de manifestarse; se siente entonces un fracasado, un vencido, un aburrido. ¿Por qué? Simplemente porque no sabe lo que quiere; su vida se ha encaminado por una falsa vía; lo que estudia o hace le parece extraño o absurdo.

Es justo entonces que sea honda nuestra preocupación acerca de la responsabilidad que lleva implícita la tarea de educar. Educar sería entonces buscar y adecuar los elementos del "ente" que convienen a una "esencia" para que un ser se realice como tal y alcance así una vida auténtica en provecho suyo y de la sociedad.

Hagan ustedes ahora introspección y piensen cuál podría ser el motivo del aburrimiento que las domina o del cansancio, o de lo que no saben. ¿No les estará ocurriendo algo semejante? No será que han elegido un camino que no es el que conviene para dar salida a vuestra esencia?

Cuando hago esta pregunta, viene una pausa, miró al curso y advierto una expresión distinta en cada rostro y nunca me equivoco. Aquella que se siente fuerte y segura de sí misma deja ver en el fondo de sus ojos la luz de la fe, aquella

se retuerce las manos, otra se come las uñas, aquel que no cree mucho en lo que digo y hace un gesto un tanto ex-céptico.

De pronto la clase está en absoluto silencio. El coro ha desaparecido y cuando suena el timbre alguien dice: ¡bah, señor!, que triste es la vida. Me doy cuenta entonces de que sin querer he entristecido a mis alumnos y es cuan-

do les prometo no volver a hablar de cosas serias. Se reanudan los ánimos: ¡no señor!, háblenos, nos gusta lo que dice, pero no le entendemos bien. Yo tampoco entiendo bien qué puede decirse a una niña o a un joven cuando pregunta acerca de la vida. ¿Usted ha pensado en lo que les diría?

JOSE ANTONIO CASAS

PLATICA

Creemos en las posibilidades intelectuales de las gentes del Norte. Consecuentemente, deben preocuparnos el destino, las perspectivas del arte en nuestro medio. Sobre todo, porque pensamos que a ese "medio" no se lo ha expresado artísticamente en su verdadera dimensión. Testigos de su paisaje terrestre y celeste, testigos del tránsito del Hombre por esos paisajes, aún no hemos dado una versión digna y fiel de nuestra tierra y sus criaturas.

Salvo algunas excepciones que han fijado instantes o actitudes felizmente sorprendidos, el hombre del Norte permanece en el silencio y sus conflictos telúricos, espirituales y prácticos, inexpresados.

Sabemos todos que en la gente de nuestro pueblo el mundo de las formas es rudimentario, elemental; sabemos que sus posibilidades expresivas son reducidísimas, pero sabemos también que su vida interior es enormemente rica. Pensamos que si publicáramos obras mostrando ese drama de mudez que los coarta o que los anula, los ayudaríamos. (Ese u otro de los muchos dramas que uno está presenciando a diario.)

¿Y quiénes pueden hacerlo sino nosotros, que conocemos el temor, el temblor y el valor de sus almas, su fe disponible para todo, sus borracheras sin explicación posible, si no es una búsqueda de expresión o de coraje para expresar sus estados anímicos que de otro modo no podrían abandonar la inmanencia? Nosotros conocemos sus pobreza y sus riquezas, sus problemas, sus obligadas migraciones, sus destinos, en fin. Tenemos el deber de expresarlos. Además, creemos que un artista puede emplear con plenitud sus energías creadoras, si utiliza elementos junto a los cuales ha madurado su personalidad, así como creemos que esos mismos elementos, al par que le darán una seguridad mayor, una mayor soberanía sobre su obra, le permitirán desarrollar más sus posibilidades. Le permitirán "crearse" como artista, si se le permite la expresión. Ha sido ésa y no otra la actitud que hizo posible la aparición de Bret Harte, de Maupassant. Ellos ambicionaron dar un testimonio de su época y de su mundo; y no con "posturas" artificiales, artificiosas. No se creían caballeros de la pluma que salían a la palestra a defender los fueros del arte. Eran sencillamente hombres que por afición, por gusto personal, se habían de-

dicado, un poco más que otros, a leer y a escribir, y deseaban hacer arte con elementos propios, con su vida y sus destinos y la vida y los destinos de quienes los rodeaban.

Las emociones humanas pueden ser cuantiosas si atendemos a su intensidad, pero no lo son tanto si consideramos sus matices. En otras palabras: el "repertorio de emociones" de la gente es mínimo. Quizás los puntos cardinales del corazón no lleguen a cuatro y sin embargo, las posibilidades de arte que ellos nos brindan son infinitas.

No se pretende ninguna originalidad en esta exposición. Es muy probable que las ideas que hemos enunciado hayan sido ya pensadas por muchos escritores del Norte. A nosotros nos sirven, entre otras cosas, para señalar una actitud adversa: la de los "artistas puros", la del "arte puro".

Hablábamos más arriba del deber de enriquecer los medios expresivos de nuestro pueblo. Agreguemos ahora, el deber de hacerles tomar conciencia de sus posibilidades como hombres. ¿Puede ello suceder con un arte que trabaja con materiales tan evanescentes, tan delicados, tan "poéticos" (a priori), como los que conmueven hoy a muchos de nuestros poetas?

¿Corales, delfines y caracolas son, acaso, los elementos que hacen nuestras penas y nuestras alegrías? Creemos que con ellos resultará difícil alcanzar los propósitos que propugnamos.

Conviene aclarar que no se exalta ninguna moda, ninguno de los manidos "ismos" para nuestro arte. Sólo queremos afirmar que, entre los escritores que aspiran y suspiran las volátiles esencias del "Arte Puro" y aquellos autores atrás de cuyas obras vemos un hombre, ya sea pesimista u optimista, materialista o místico, preferiremos siempre a estos últimos, aunque los veamos a cada rato levantándose de sus tropiezos y sacudiéndose las solapas después de su última caída.

JORGE CALVETTI

PUBLICACIONES

Nueve poemas iniciales de Mireya Dotti, precedidos por una cordial presentación de Julio J. Casal, nos trae, desde Montevideo, el cuaderno N° 35 de la serie que dirigen Juvenal Ortiz Saralegui y Arsinoe Muratorio. Son versos de intenso subjetivismo, surgidos de una intuición lírica que apresa principalmente el propio acontecer. Delgadas y claras esencias de una asombrada sensibilidad femenina, que aflora en recatado canto. Aunque la vibración humana aparece refrenada y la forma —de una riesgosa simplicidad— incluye algún elemento inerte, estos poemas de Mireya Dotti anuncian una singular imagen de la experiencia interior.

En la entrega número 15 de su meritoria serie de teatro, Ediciones Lo-sange presenta "El Diente", pieza del escritor rosarino Julio Imbert, visada y mísera celda, un grupo de gentes desplazadas —mujeres y hombres— aguarda el incierto desenlace de un destino conocido. Son seres de vario carácter y calidad, esquematizados con firme trazo simbólico. Poco hay en ellos de agonistas individuales porque la acción pertenece más bien al grupo como entidad sensible y plástica; es el grupo quien se desempeña, movido y conmovido por las reacciones de cada temperamento frente a su desolada y grave circunstancia. La enemistad del hombre por el hombre ha sumido a estos perseguidos en su desesperado trance. Y ni siquiera en el común infortunio logran hallar lazos de verdadera fraternidad y válida rebeldía, aunque el autor no niega la posibilidad de una "fórmula conciliatoria". Aceptamos que los términos de esa fórmula descansen en la devoción, en el coraje, en el amor, en la rebeldía. Negamos, en cambio, la indiferencia —a la que se alude en el prólogo— porque no es sino deserción de sí mismo y de la vida. Creemos, por el contrario, que la intención profunda de la pieza late en la cita que hace el hombre-flor cuando dice: "ninguno busque su propio bien sino en lo ajeno". Es lástima que este personaje —a quien el autor da jerarquía afirmativa— aparezca traspasado por un evasivo deseo mortal, que debilita su calidad humana. La acción exterior es escasa, aunque oportunos enfoques oníricos intercalados la agilizan, contraponiendo la luz y el calor de la vida libre, recurso que acentúa el cuadro sombrío de la celda. No obstante, el sobrio movimiento plástico está compensado por una secuencia ágil de las tensiones psicológicas. En la construcción aparecen mezclados elementos simbolistas y expresionistas que dan al desarrollo un tono de sugerencia lírica más que de afirmación resuelta.

M. B.

"Los Soberbios y los Libres", por HOWARD FAST. (Editorial Siglo Veinte, Buenos Aires.)

En forma de memorias, JAMIE STUART relata su participación en el levantamiento de las Brigadas Extranjeras de Pensylvania, que luchaban contra los ingleses por la independencia de los actuales EE. UU.

Ya octogenario, Jamie Stuart enlaza el final de su vida con el entonces naciente movimiento abolicionista y tiene así la visión de una historia "que no se había interrumpido, que continuaba...".

Esta es la historia de la lucha por la libertad, que HOWARD FAST viene presentando a través de sus novelas "Espartaco", "Camino de Libertad", "La Pasión de Sacco y Vanzetti" y de ésta que comentamos.

La muerte del tambor TOMY MALONEY, es la gota que colma el vaso de abusos, vejaciones, humillaciones, con que los oficiales y señores del Ejército de Liberación, recompensaban a los soldados.

Hambre, desnudez, suciedad y enfermedades para unos; privile-

gios, comodidades y arbitrariedades para otros.

Tales las verdaderas causas para que se reuniera un "Congreso de las Brigadas", de donde surge el "Comité de Sargentos" que dirige la rebelión.

La finalidad no era conquistar beneficios, propiedades o poderes como los de los caballeros, sino tan sólo un simple anhelo de libertad para tener derecho a levantar la cabeza y a gozar un poco de la alegría de vivir. Propósitos que se expresan a través de las Primeras Ordenes Generales por el Comité de Sargentos, el 2 de enero de 1781.

Los sublevados eligen como campamento, la localidad de Prince-Town, donde organizan cooperativas de trabajo y vida en común. Simultáneamente, se formularon declaraciones sobre derechos de expresarse libremente, de petición y de reunión (ocho años antes de que trasciendan al conocimiento general con la Revolución Francesa).

La rebelión finaliza con un armisticio, no sin antes haber originado focos similares en otros regimientos.

Se les había concedido una oportunidad y una visión de la gloria; pero fracasaron porque no conocían un camino mejor para resolver las cosas, que el camino ofrecido por los caballeros.

Después de una breve estadía en la aldea de York, James Stuart decide volver a las Brigadas (tal como lo había hecho ya su compañero Maloney). Pero cuando comienza la represalia de los oficiales, con los castigos que se le aplican el mismo día de su retorno, los recibe "... porque es el turno de los caballeros y con ellos da entonces un paso adelante".

Y exclama: "Pero algún día será mi turno y aunque ya esté muerto para ese día y mezclado con la tierra ¡será mi turno!".

Habían sido para su tiempo, una semilla germinada demasiado pronto. Se necesitaban conocimientos y paciencia.

La creencia con que James Stuart finaliza sus memorias, es exacta: los hombres de las Brigadas Extranjeras de Pensylvania, no sufrieron ni murieron en vano, sino que contribuyeron a la causa de la dignidad humana y de la libertad. La antorcha ha sido retomada después de ellos, por muchos valientes y continúa avanzando.

Si, como sostiene Benjamín Cre-mieux, el lector "...acude a la novela en busca de otras vidas que enriquezcan y multipliquen la suya...", ésta resultará en ese sentido una caja de infinitas resonancias. — A. F.

Odas elementales. PABLO NERUDA. Editorial Losada, Buenos Aires.

Sabemos de poetas que abandonaron la sencillez, porque un buen día la creyeron plagada de ordinarias vulgaridades. Otros, en cambio, nunca se acercaron, porque no les era cómodo ni fácil entenderse con ella. La sencillez en el decir y la claridad en la concepción, desechan los misteriosos rebusques de las imágenes sofocantes o las inportunas palabras eruditas. Cuando sacamos del poema el dudoso ropaje con que lo recarga el predominio de las formas, sólo nos queda atender al contenido, imposibilitado ya de simulaciones o engaños. Lejos de los afeites que lo sobrecargaron, el interés se concentra en la médula misma del poema. A ese contenido único y polémico, le huyen algunos poetas. Pero, como entre ellos, es justo reconocerlo, hay quienes desean ser claros en la huída, tratan de despistarnos por medio de la cándida protesta porque su niñez se terminó, o desean instruirnos con pasajes históricos puerilmente interpretados, o reconfortarnos, hablándo-

nos de anacrónicas fórmulas con divindades. Y al arte, caminador robusto que anduvo siglos, se lo quiere debilitar, colocándole una gratuidad enfermiza, viciada por las frágiles comuniones sobre cosas minúsculas y efímeras, o por las quejumbrosas y exquisitas confidencias llenas de vaguedades.

Algunos poetas, requieren de lectores con una capacitación y evolución similar a la de ellos.

Muy respetuosamente comprendemos, y a veces hasta justificamos, todo este sutil intimismo con ingenuidades postizas y angustias inventadas. Lo que no aceptamos, es el infeliz ataque que estos poetas, molestados en su refinado juego, realizan en toda oportunidad, sobre los que han tomado una actitud mucho más generosa y humana.

El poeta que se ha embarcado con la vida, sostiene, que la sufrida humanidad necesita de todos. Que el intelectual debe contribuir, con los medios que posee, a solventar los nobles fines, caros y comunes a todos los hombres. Esta actitud, es la que comunica a la obra, la perenne vitalidad del mensaje; ayuda al hombre a sentirse solidario, a la vez que asistido y estimulado por numerosas vidas al lado de la suya, y sorprende al artista en el hermoso gesto de llevar hasta las anónimas existencias, la reconfortante belleza del poema claro.

Este libro de Neruda, ilustra lo que hemos venido analizando a grandes rasgos. Poemas sencillos, simples, como la mayoría de los hombres a los que van dirigidos. Poéticas imágenes fluidas y accesibles, crecidas en la húmeda emoción del amor hacia todos los serenos reflujo de la vida. Despejado caminante es, que ha visto muchas cosas. Ha visto al hombre amasando duramente su pan de cada día, y con palabra razonable y calmada seguridad, nos habla del mundo inmediato de ese hombre. Penas masculadas y pacientes esperanzas, necesitadas de la más humana comprensión.

Las Odas a la soledad, al libro, a la tristeza —entre otras—, son un balance de su obra y de su vida. Adelantadas refutaciones, a las críticas vigentes desde años atrás, para todos los libros futuros del poeta. Arbitrario clisé de críticas.

Hay temas de aparente inverosimilitud, por lo que de prosaico pudieran significar, los elementos u objetos que originan el poema: "Oda a una castaña en el suelo", "Oda al aire", "Oda a la cebolla". En exacta correspondencia entre el propósito y el contenido de los tra-

bajos, está el título de "Odas elementales".

No se perdió la riqueza de su poesía. Se acepta que la poesía subsiste, "a pesar de todo"; pero, como algo hay que negarle, porque así lo requiere la posición tomada por los partidarios de una poesía pura, o de una literatura con problemas exclusivamente literarios, le salen al cruce y aunque Neruda ya pasó, desde atrás le gritan su posición ideológica.

No entendemos, cómo la literatura especializada, despectivamente preocupada sólo de problemas inherentes a la literatura, se inquieta ante problemas ideológicos, que no son lo suficientemente literarios que les requieren sus premisas.

Sabiendo esto, Neruda escribe una oda a la crítica y otra a la envidia. Muchos pretenden ver, en el Neruda actual, nada más que un cambio de estilo. El estilo, depende de complejas circunstancias que hacen posible su cambio. En este caso, el cambio es la resultante, de una nueva concepción de las cosas, que consecuentemente debe traer aparejadas otras maneras expresivas. Esa nueva concepción vitalizó su poesía. La enriqueció, al incorporar al hombre concreto y a todos los objetos que están con él, en actualizado inventario de la ininterrumpida labor sobre la tierra. Su poesía se hizo manuable, resistente y útil como la más elemental de las herramientas.

Manoseado y viejo está el tema del compromiso. Todo lo que por él se dijo, nos ha enseñado a ver —con suspicacia más de una vez justificada— que por debajo de las altas especulaciones de la polémica, tomar una posición dentro del arte, no sólo depende de la silenciosa integridad moral de cada uno, sino en muchos casos, de tentadores intereses materiales, que los más puros poetas, desde su distante y selecta altivez, no vacilan en analizar preocupada y cuidadosamente.

La realidad, según la vemos, es todo lo contrario de lo que aparenta afirmar, en híbridas composiciones, la estudiada ingenuidad de poetas que se pasan destilando literatura de literatura, con la inacabable paciencia de los antiguos copistas de incunables, y sin que se les caiga, al hervor diario de la vida, una sola palabra de piedad que indique desde el poema la presencia conmovida de un hombre. — N. G.

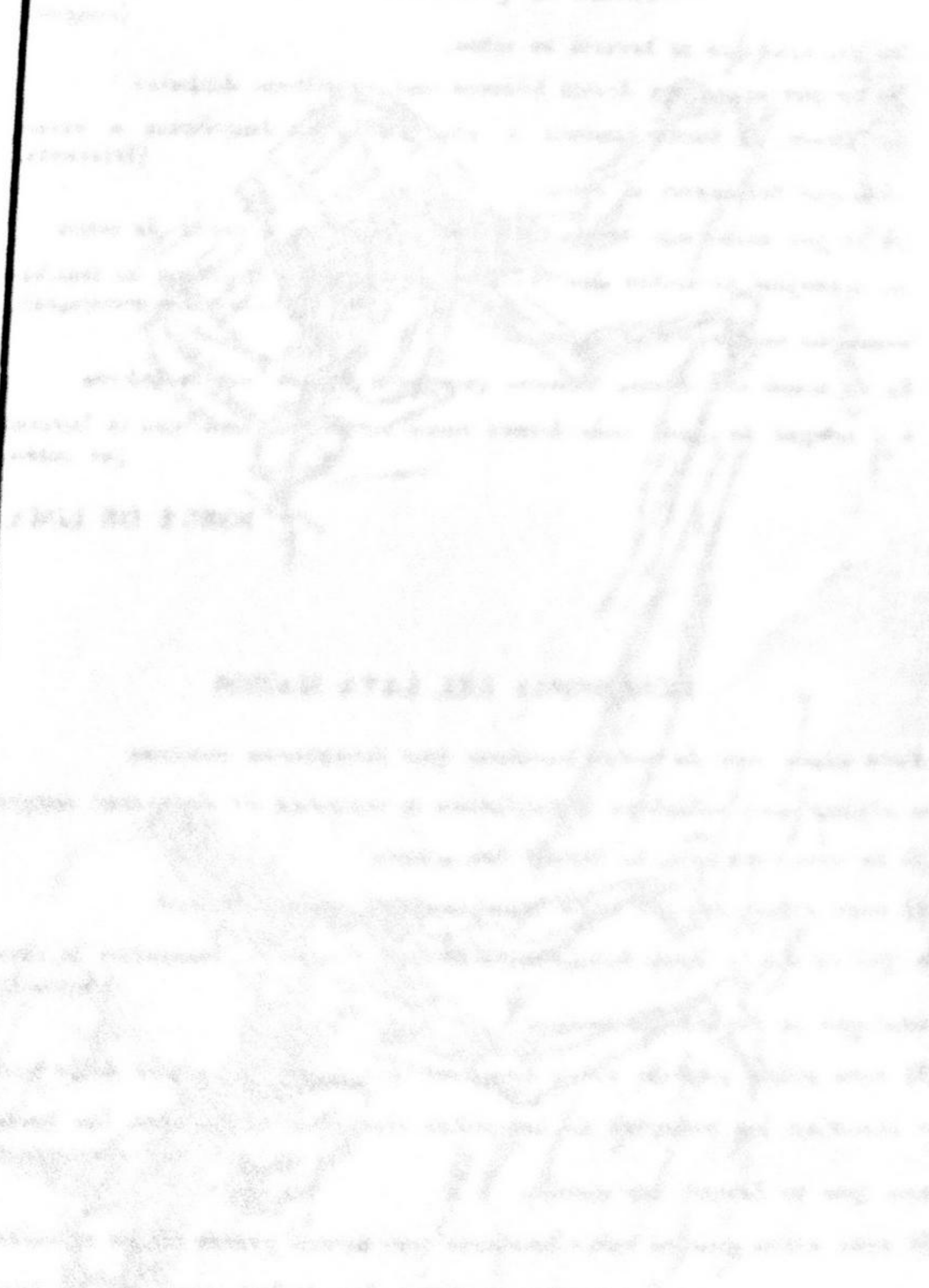
IMPRESO

JOSE FRANCISCO ORTIZ

8 8.-

POEMA JORGE DE LIMA
TRADUCCION ANDRES FIDALGO

TARJA 1



EDICION MEDARDO PANTOJA

ANTOLOGIA

CERIMONIA DO LAVA-MÃOS

E's por acaso um destes homens que inventaram canhões
ou alguma metralhadora ou guilhotina ou machina de derramar
[sangue?

Se és, vem que te lavarei as mãos.

Se és por acaso um destes homens que empilham dinheiro
ou tiram da bocca faminta o pão escasso ou descobrem a carne
[friorenta,
vem que te lavarei as mãos.

Se és por acaso um destes homens que puxam a corda da forca
ou manejam as molas das cadeiras electricas ou brandem as macha-
[dinhas das execuções,
vem que te lavarei as mãos.

Se és acaso um destes homens que teem garras nos membros
e o sangue de Abel inda fresco entre os dedos, vem que te lavarei
[as mãos.

JORGE DE LIMA,

CEREMONIA DEL LAVA MANOS

Eres acaso uno de estos hombres que inventaron cañones
o alguna ametralladora o guillotina o máquina de derramar sangre?
Si lo eres, ven que te lavaré las manos.

Si eres acaso uno de estos hombres que apilan dinero
o quitan de la boca hambrienta el pan escaso o desnudan la carne
[friolenta
ven que te lavaré las manos.

Si eres acaso uno de estos hombres que tiran la cuerda de la horca
o manejan los resortes de las sillas eléctricas o blanden las hachas
[de las ejecuciones,
ven que te lavaré las manos.

Si eres acaso uno de estos hombres que tienen garras en los miembros
y la sangre de Abel aún fresca entre los dedos, ven que te lavaré
[las manos.

Trad. A. FIDALGO.



CERIMONIA DO LAVA-MÃOS

E's por acaso um destes homens que inventaram canhões
ou alguma metralhadora ou guilhotina ou machina de derramar
[sangue?
Se és, vem que te lavarei as mãos.

Se és por acaso um destes homens que empilham dinheiro
ou tiram da bocca faminta o pão escasso ou descobrem a carne
[frioenta,
vem que te lavarei as mãos.

Se és por acaso um destes homens que puxam a corda da forza
ou manejam as molas das cadeiras electricas ou brandem as macha-
[dinhas das execuções,
vem que te lavarei as mãos.

Se és acaso um destes homens que teem garras nos membros
e o sangue de Abel inda fresco entre os dedos, vem que te lavarei
[as mãos.

JORGE DE LIMA,

CEREMONIA DEL LAVA MANOS

Eres acaso uno de estos hombres que inventaron cañones
o alguna ametralladora o guillotina o máquina de derramar sangre?
Si lo eres, ven que te lavaré las manos.

Si eres acaso uno de estos hombres que apilan dinero
o quitan de la boca hambrienta el pan escaso o desnudan la carne
[friolenta
ven que te lavaré las manos.

Si eres acaso uno de estos hombres que tiran la cuerda de la horca
o manejan los resortes de las sillas eléctricas o blanden las hachas
[de las ejecuciones,
ven que te lavaré las manos.

Si eres acaso uno de estos hombres que tienen garras en los miembros
y la sangre de Abel aún fresca entre los dedos, ven que te lavaré
[las manos.

Trad. A. FIDALGO.